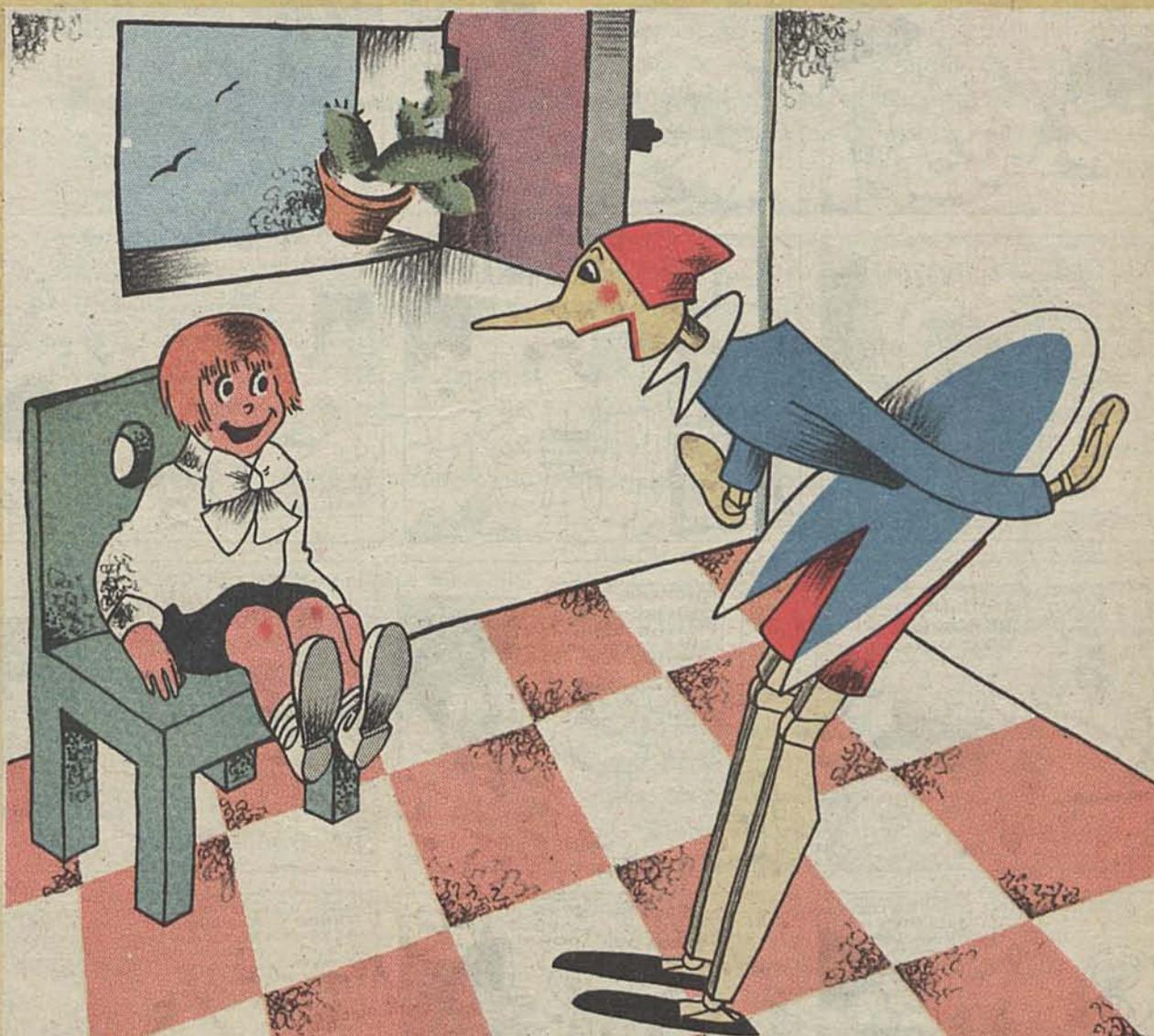


PINOCHO

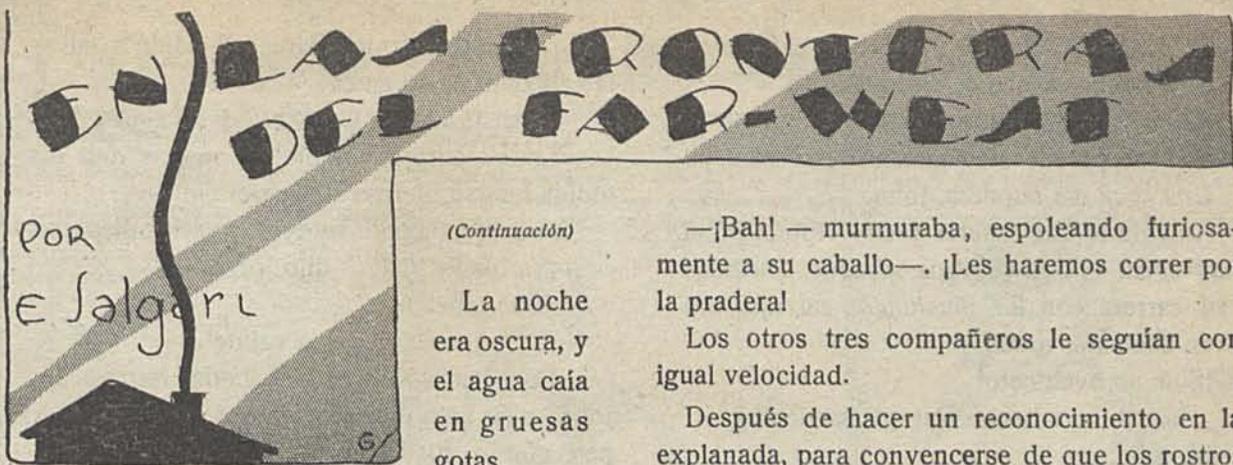
AÑO VII
NUM. 314

25 cts

22 FEBRERO
1931



-¿QUÉ ES UN CUERPO TRANSPARENTE?
-UN CUERPO A TRAVÉS DEL CUAL SE PUEDE VER
-MUY BIEN, PONME UN EJEMPLO
-EL OJO DE LA CERRADURA



—¿Por dónde vienen?
—Por allí. ¿No veis varias sombras agitarse en lo oscuro?

—¿Exploradores tal vez?
—Quizás.

El *indian-agent* puso un oído en tierra.

—Sí—dijo—; vienen, y deben de ser muchísimos. ¡Pronto! ¡A caballo, a ganar la pradera, ya que ellos vienen hacia la sierra!

Los dos hombres volvieron precipitadamente al campamento, donde estaban preparados los caballos.

Minnehaha estaba ya sobre el arzón del de *Nube Roja*.

—¡A la carrera!—gritó John.

En aquel instante llegaron hasta ellos los estridentes sonidos del *ikkischota*, el pito de guerra de los indios.

Después sonaron varios disparos.

Los indios emprendían la caza de los aventureros.

CAPÍTULO IV

El gran Lago Salado

El galopar de los cuatro caballos indicó bien pronto a los indios la dirección que los fugitivos tomaban.

El *indian-agent* estaba seguro de que no hubiera podido escapar sigilosamente, y arrojó el peligro de hacerlo a cara descubierta.

(Continuación)

La noche era oscura, y el agua caía en gruesas gotas.

—¡Bah! —murmuraba, espoleando furiosamente a su caballo—. ¡Les haremos correr por la pradera!

Los otros tres compañeros le seguían con igual velocidad.

Después de hacer un reconocimiento en la explanada, para convencerse de que los rostros pálidos no se habían escondido, los indios se repartieron por todos lados con gran furia, lanzándose a través de la niebla, cada vez más densa.

Los cuatro aventureros habían entrado en la selva, y la recorrían a toda velocidad, cuidando de formar grupo compacto para que ninguno de los jinetes se extraviara.

John guiaba, como siempre, y el *gambusino* marchaba a retaguardia para avivar el paso de los dos caballos, menos resistentes que los otros, que eran de raza andaluza, una de las mejores que existen.

Comenzaban a apuntar los primeros albores del día cuando los fugitivos, después de haber atravesado dos bosques que se sucedieron casi sin interrupción, llegaron a las márgenes de la pradera.

Un crespón de niebla flotaba por encima de las altas hierbas, balanceadas por el viento que venía de la cercana sierra Escalada, en cuyas cimas brillaban ya los primeros rayos del sol.

—¡He aquí nuestra salvación!—dijo el *indian-agent*—. Ocultos entre estos vapores y esta masa de verdura, tal vez consigamos hacer perder a los indios nuestras huellas.

—Pero, ¿serán los *chayennes*? —preguntó Harris.

—Lo sospecho, Sólo ellos sabían que nos habíamos refugiado en la mina—dijo John.

—¿Y si nos siguen hasta el Gran Lago?

—Eso creo que harán.

—¿Y cuándo creéis que llegaremos al Salado?

—Esta noche, si nos dejan los indios.

—Es que nos siguen.

—Ya lo sé; pero les llevamos una gran ventaja. Una cosa me inquieta, John.

—Adivino lo que quieres decir—respondió el *indian-agent*—: que nuestros caballos, cansados de su carrera con los *mustangos* salvajes, no podrán adelantar mucho.

—¡Sois un hechicero!

—¿Porque he adivinado tu pensamiento?

—Sí, John.

—¡Bah! Por lo pronto, galopamos bien. Es de esperar que resistan tanto como los de los *pieles rojas*. Les llevamos una gran ventaja, y haremos lo posible por conservarla.

—¡Quién sabe si habrán incendiado la praderal

—No sé qué decir. Vienen detrás de nosotros, y por cortarnos el paso... Sin embargo, el rocío ha humedecido mucho la hierba. ¡Hop! ¡Hop...! ¡Adelante...! ¡Nos pisan los talones!

Los cuatro caballos galopaban admirablemente, por más que habían descansado muy poco tiempo, y en su carrera abrían un largo surco en la hierba, altísima allí, por hacer una pequeña hondonada la llanura.

Los indios, por su parte, seguían una desenfundada carrera.

Aunque no podían descubrir a los fugitivos, ocultos por la cortina de la niebla, habían hallado el surco que los caballos dejaban en la hierba, y seguían tenazmente aquel rastro.

De vez en cuando hacían algunos disparos, aunque con resultados negativos. Sin embargo, era de temer que algún proyectil pudiera hacer blanco.

Una hora transcurrió, que a los fugitivos se les hizo larga como un siglo, y la niebla, que hasta entonces había permanecido muy baja, comenzó a levantarse y a disolverse poco a poco.

—¡By-good!—articuló John, mordiéndose los labios—. ¡Dentro de pocos minutos van a descubrirnos los indios!

—¿Cómo va tu caballo?—preguntó Harris.

—¡Admirablemente! ¡Parece decidido a salvar la cabellera de su amo!

—¿Resistirá hasta llegar al Gran Lago?

—Lo procuraré, ¡diablo! A menos que los indios tengan piernas de acero...

En aquel momento se oyeron varios disparos.

—¡Ya los he visto!—dijo Jorge.

—¿Son muchos?

—¡Cal! ¡Apenas llegan a veintel

—Son demasiados para hacerles frente—dijo John—. Si sólo llevaran arcos y lanzas, bueno; pero con los fusiles no hay que bromear.

Alzóse sobre la silla, y trató de sondear el horizonte a través de la niebla.

Un grupo de jinetes con la cabeza adornada de plumas de varios colores y círculos de metal en torno de la frente, de oro, casi con seguridad, adelantaba al galope por el surco que tras sí habían dejado los caballos de los fugitivos.

No eran más de veinte; pero todos iban provistos de varias armas, no faltando a ninguno la carabina, la pistola, el cuchillo y el *tomahawah*.

—Van en pleno atalaje de guerra—murmuró el *indian-agent*, arrugando el entrecejo—. ¿Qué haremos para librarnos de tan molestos perseguidores?

—¿Son *chayennes*?—dijo Harris.

—No todos—respondió John—. Me temo que entre ellos los haya de otra raza.

—¿*Sioux*?

—No sabría decirlo. Podrían ser *arrapahoes*.

—Ya estamos cerca de la región frecuentada por *Mano Izquierda*.

—¡Hermoso nombrel

—Que horroriza a los pobres emigrantes. Ese bandido dicen que ha arrancado él solo más de cincuenta cabelleras, y se añade que su tienda o *wigwam* está en gran parte tapizada con cabellos humanos. Si, por desgracia, le encontramos, hay que guardarse de él, y procurar romperle con una bala la caldera que tiene por cráneo. ¡Calla! ¡Sostén a tu caballo! Se cae reventado.

—¡Sí—dijo Harris—; el pobre animal no puede más!

(Continuará en el próximo número).



CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



CONTINUACION

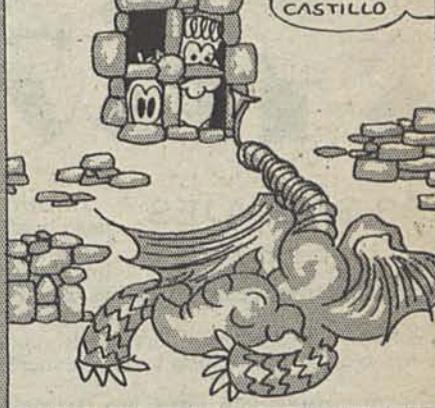
AHORA SI QUE HABÍAN CAIDO EN UN CALABOZO DEL QUE NUNCA PODRÍAN SALIR. CHUFITA Y PERICUELO SE PÁSABAN LOS DÍAS SUMIDOS EN LA MÁS PROFUNDA TRISTEZA, TAN PROFUNDA COMO LA MAZMORRA EN QUE ESTABAN ENCE-
RRADOS



SIN EMBARGO, ELLOS VIGILABAN CONS-
TANTEMENTE Y UN DÍA, A TRAVÉS DEL ÚNICO VENTANO DE SU CALABOZO VIERON AL DRAGÓN QUE LOS GUARDABA



Y QUE ESTABA TENDIDO AL PIE DE LA VEN-
TANA Y DANDO UNOS RONQUIDOS QUE SE OÍAN DESDE VEINTE KILÓMETROS ALREDEDOR DEL CASTILLO



ESTA ES LA MÍA SE DIJO PERICUELO SA-
CANDO EL BRAZO POR LA VENTANA Y CO-
GIENDO EL RABO AL DRAGÓN. "O NOS SAL-
VAMOS O NOS PERDEMOS PARA SIEM-
PRE" CHUFITA TEMBLABA DE MIEDO
¡QUÉ SERÍA DE ELLOS SI SE DESPETABA
EL DRAGÓN!



"¡ANDA, CHUFITA! ¡TRAEME CORRIENDO
AQUELLA CADENA!" GRITÓ PERICUELO
SUJETANDO FUERTEMENTE EL RABO
DE LA FIERA



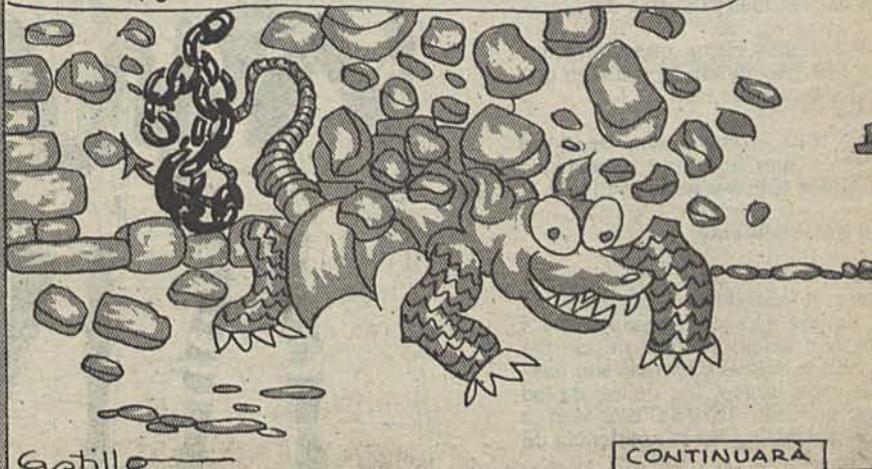
CON TAL DESTREZA ATÓ PERICUELO EL
RABO QUE NI DOSCIENTOS SANSONES
PODRÍAN DESATARSELO



EL DRAGÓN, QUE HASTA ENTONCES HA-
BÍA ESTADO DORMIDO, DESPERTÓ Y
AL SENTIRSE ATADO POR LA COLA DIÓ
UNA SACUDIDA TAN TERRIBLE...



QUE DERRUMBANDO EL MURO DEL CALABOZO SE LE VINIERON ENCIMA LOS
PEDRUSCOS DEL PAREDÓN... ¿Y CHUFITA Y PERICUELO? ¿SE ESCAPARÁN
CON VIDA? ¿CONSEGUIRÁN HUIR? HE AQUÍ EL MISTERIO



Castillo

CONTINUARÁ



LOS SALVAJES DE AUSTRALIA

Esas letras representan el formidable ruido que hace la hélice del aerobús en que viaja la familia pinochista.

Quiere decirse que lleva una velocidad extraverdiginosa porque los viajeros están ya cansados de ver agua y agua (no ofrece el océano otra cosa que ver) y ansían por momentos ver tierra.

Todo llega en el mundo y ¡al fin! pudo don Turulato gritar ¡tierra!; ni más ni menos igual que Cristóbal Colón gritó cuando después de tantos días de penalidades y angustias, descubrió tierra americana.

Todos los expedicionarios, como una tromba, se asomaron a la barandilla, con tal violencia, que estuvo en un tris que el aerobús no diese la vuelta de campana. Gracias a la pericia de Pinocho, incomparable piloto de tierra, mar y aire, no ocurrió una hecatombe de las que hacen época.

Entró el aerobús por la parte occidental de la tierra australiana y el buho, tan oportuno siempre en sus intervenciones, comenzó su charla y dijo:

—Estamos, queridos compañeros, sobre una región en la que habitan unos salvajes que representan la raza tal vez más primitiva del globo.

—¿Son más viejos que Corretón? preguntó Tin desde la jaula en que estaba encerrado.

Por toda contestación, se quitó Corretón una bota (de peso cinco kilos) y la tiró con furia a la jaula.

El buho continuó:

La anatomía de estos salvajes difiere considerablemente de la de las demás razas humanas, sobre todo por la proporción de ciertas vértebras: brazos y piernas son bastante más largos, los dedos de los pies son tan largos que dan a estas extremidades la apariencia de manos.

Brrrrrr... No creáis, queridos pinochistas que esta combinación de letras es uno de los frecuentes desahogos de la rabia del Capitán Corretón. No se trata ahora de eso.

Por esta razón los salvajes australianos se sirven frecuentemente de los pies para coger las cosas, lo cual hacen con extraordinaria facilidad. Los guerreros llevan los terribles dardos, que arrojan a sus enemigos, sujetos con los dedos de los pies porque de esta forma aparecen como si fuesen desarmados ya que las malezas del suelo ocultan estas armas.

Las mujeres, cuando recogen leña para el fuego, no se agachan nunca para tomar las ramas del suelo, valiéndose de los dedos de los pies para llevarse estas ramas a la altura de las manos.

El color de estos salvajes no es negro oscuro, sino gris chocolate, y los niños, en su nacimiento presentan una coloración más clara, casi rosa.



También se observa en estos indígenas australianos el curioso fenómeno de que a poco de morir su piel se vuelve de color blanco por lo cual, cuando se presenta entre ellos algún europeo o algún otro humano de raza blanca, lo respetan porque creen que es un muerto resucitado.

En este punto de la charla se hallaban cuando notaron que el aerobús se inclinaba de proa de un modo extraordinario.

—¿Qué pasa? ¿qué ocurre?—era la pregunta que corría de boca en boca.

Cundió el pánico, se tocó la sirena de alarma, miraron, remiraron, pero nadie sabía a qué obedecía aquel inesperado movimiento de la aeronave. Sin embargo, el globo se inclinaba cada vez más y, por los síntomas iba derecho a hincarse de pico en tierra.

Pero el Capitán Corretón, que a pesar de sus barbas de estopa, es hombre que vive siempre con la mosca en la oreja, pensó *ipso facto* en que aquello obedecía a una diablura más de Tin y Ton.

En efecto; la Tormenta y el Ciclón desde su jaula habían disparado una judía con un tirador de goma,



y el proyectil traspasando la envoltura del aerobús había abierto un agujero por el que se escapa a chorros el gas.

—¡Allí! ¡allí está el mall!—gritó Corretón

señalando el agujero y dirigiendo una terrible mirada a Tin y a Ton.

Se reparó la avería, se alimentó el globo con el gas de los depósitos de reserva y no pasó más. Es decir, ya podéis suponer que algo más pasó y que este algo fueron cuarenta y tres chichones que produjeron en las cabezas de la Tormenta y el Ciclón, otros tantos estacazos descargados por el Capitán y el Inspector. Pero nada más.

—¡A otra cosa, mariposal!—dijo Corretón—. Puede el señor buho continuar su charla.

Este siguió hablando:

—Los salvajes de que nos estamos ocupando son extraordinariamente velludos, hasta el punto de que en esta región abundan mucho las mujeres con barba. Los ancianos tienen toda su piel casi cubierta de espeso vello, por lo general ondulado.

Se pintan el cuerpo con tierra de color surcando su piel de caprichosos y vistosos dibujos.

Como armas, además de los dardos y flechas, utilizan largas lanzas, y el terrible cuchillo de madera que saben arrojar a distancia con asombrosa destreza.

En materia religiosa andan a la altura de un estado salvaje.

No adoran a ídolos propiamente dichos, como los negros africanos, pero en cambio rinden culto a cosas tan absurdas

como aquellos ídolos.

Un objeto cualquiera, como un tronco de árbol, una piedra o una planta, les sirve de símbolo y lo veneran.

En las ceremonias religiosas ejecutan en el suelo dibujos simbólicos con arena de distintos colores.

Unas veces es el sol el representado en el dibujo, otras la luna, otras una serpiente, otras, en fin, un animal o un objeto cualquiera.

Tienen todavía costumbres propias de la edad de piedra, tales como la de construir las puntas de sus lanzas con piedra de sílex y la de hacerse muchos cacharros para uso de sus cocinas con aquel mismo material.

La charla se interrumpió repentinamente porque se oyó la campana con que Tecla avisaba para comer.

Pocos momentos después se hallaba toda la familia pinochista delante de una soberbia sopera colmada de ricas sopas de ajo.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTOY SATISFECHÍSIMO, CHIQUILLO. ME HE COMPRADO UN BORRICO QUE ES LÍSTISIMO. CON DECIRTE QUE MOSCA QUE VE, MOSCA QUE MATA CON EL RABO.

¡ANDA! ¡EL CHICO QUE ESTÁ EL PRIMERO EN MI ESCUELA, TAMBIÉN SABE HACER ESO!



AQUÍ TENGO EL HONOR DE PRESENTARTELO

MUCHÍSIMO GUSTO. ¿SIGUE USTED BIEN?



¡FIJATE QUE CONTENTO ESTÁ PORQUE LE HE DEJADO SALIR A DAR UNA VUELTECITA

ES LÍSTISIMO. Y HAY QUE VER LO BIEN QUE LE CAE EL LUNAR DE LA ESPALDA



SON LAS TRES Y LE HE DICHO QUE A LAS CUATRO ESTÉ EN CASA. VERÁS QUE PUNTUALÍSIMO ES

YO NO HE VISTO NINGÚN BURRO CON CARA DE PERSONA TAN FORMAL COMO ESTE



OYE, CURRINCHE. SON LAS OCHO Y ESE, SIN VENIR. ESTOY ESCAMADÍSIMO

A LO MEJOR SE HA ENCONTRADO UN AMIGO DE LA INFANCIA Y YA SABE USTED LO QUE PASA



LA UNA DE LA MADRUGADA Y ESE POLLO SIN VENIR. YO CREO QUE LE HA DEBIDO DE PASAR ALGO GRAVÍSIMO

NO HAY DUDA



¡POBRECILLO! ¡SE HA DEBIDO DE PERDER! ¡Y OCADA VEZ QUE LO PIENSO SE ME PONE EL CORAZÓN BIANDO COMO EL MAZAPÁN!

BUENO, HOMBRE; NO SE ENTERNEZCA QUE YA VERÁ COMO APARECE EN CUANTO PONGAMOS EL ANUNCIO



AVISO
Se hace saber que al que presente en casa de don Turulato un burro que se ha perdido se le darán cinco mil duros. Es un recuerdo de familia y tiene un lunar negro en la espalda.





COLORÍN y su PANDILLA



REG. U.S. PAT. OFF. ©1950 CHICAGO TRIBUNE.

BRANNER



CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

LAS TRES SONRISAS



RASE un pobre zapatero llamado Juan, que vivía, en unión de su esposa Margarita, en una mísera aldea de Galicia; ambos eran de edad avanzada y de noble corazón; pero Margarita tenía el genio áspero, aunque en el fondo era tan buena como su esposo.

Un día salió el zapatero a comprar un trozo de piel para confeccionar unas abarcas, y al regresar a su casa, ya de noche, vió junto a la ermita una sombra humana.

Dudoso estuvo sobre si había de acercarse o echar a correr; pero el hombre pensó que todo lo más que podría robarle, si se trataba de un malhechor, era la piel de vaca, porque la suya propia al ladrón no había de servirle para nada.

—¿Y si en vez de ladrón se trata de un desdichado que puede perecer de hambre y de frío? Mi deber es socorrerlo.

Y dicho esto, y haciendo de tripas corazón, acercóse Juan con medroso paso hacia aquel incierto bulto que distinguiera, y al aproximarse vió recostado en el propio umbral de la ermita un niño desnudo que tiritaba entre la nieve que el viento había apelonado a su alrededor. Juan, apenado ante aquella desgracia, se dijo:

—Yo llevo capa y chaqueta, y este desdichado está helándose; luego debo darle la capa.

Y quitándose la con presteza, envolvió cuidadosamente al muchacho. Abrió éste los ojos, miró al zapatero con aire indefinible, pero cuantas preguntas aquél le dirigió quedaron sin respuesta. Lo único que contestaba a todo era:

—Tengo hambre y frío.

Conmovido Juan, llevó en sus brazos aquel arrapiezo hasta su casa; mas al llegar a ella le asaltaron unas dudas horribles.

—¿Cómo me recibirá mi mujer cuando la presente este encarguito? De fijo me araña.

Pudo en él más la caridad que el temor a las uñas de Margarita, y llamó resueltamente a la puerta. Abrió refunfuñando su mujer, que al verle con aquel cargamento en los brazos le miró sorprendida, preguntándole:

—¿De dónde traes eso?

—Éste es un angelito que me he encontrado junto a la ermita aterido de frío y muerto de hambre, y te lo traigo para que le des de cenar y alguna ropa.

—Miren cómo dispone el millonario. Eso será lo que tú traigas a casa, y no jamones ni dinero. Ya sabes que tenemos muy poco, y no es para que se lo coma ese chiquillo, que Dios sabe quién será.

—Pero, mujer, ¿lo vamos a echar a la calle desfallecido y desnudo?

—Eso no; que coma y duerma, y mañana veremos.

Al oír esto el niño sonrió con una expresión tan angelical, que cautivó el corazón de los esposos. Margarita sacó las modestas provisiones que había en la alacena y comieron lo necesario. Se

improvisó una cama con hojas de maíz, y allí, cubierto con la capa del tío Juan, durmió el pobre niño. Al día siguiente, de un traje viejo del zapatero confeccionó Margarita uno para el niño, el cual, a las preguntas de sus protectores, contestó con dulzura infinita:

—Me llamo Miguel, y en la tierra a nadie tengo que me ampare.

Como el tío Juan era muy viejo y apenas veía por dónde clavar la lezna, propuso al muchacho que aprendiera su oficio, lo que aceptó Miguel con regocijo.

Pasó tiempo, y el muchacho adquirió tal destreza, que acudían a la casa de Juan muchas personas de los pueblos comarcanos a encargarse calzado, y de este modo la





hacienda del zapatero aumentaba de día en día.

Una tarde el señor de un palacio llamó a Juan para encargarle unas botas de montar, y allá fué el zapatero acompañado de Miguel; mas en cuanto éste oyó el encargo del caballero, sonrió y dejó a Juan que tomase las medidas.

Al llegar a casa encargó Juan a Miguel que cortase el material para el encargo; pero el joven se hizo el sordo y no hizo nada.

Aquella noche un criado de la quinta fué a casa del zapatero a decir que no hicieran las botas, porque el señor acababa de morir.

Pocos días después entró en la zapatería una mujer llevando dos niños en sus brazos. Al verla no pudo reprimir Miguel un grito de admiración, y volvió a reírse. Aquella mujer era una pobre campesina que había recogido y aun amamantado aquellas dos criaturitas huérfanas de padre y madre y que su caridad salvó de la muerte. Al ver el zapatero la extraña sonrisa de Miguel le preguntó la causa, y entonces el joven contestó poniéndose de pie:

—Yo no soy lo que parezco; soy el Arcángel San Miguel. Envióme Dios a recoger el alma de la pobre madre de esas dos criaturitas; pero ella, al verme, me dijo:

«—Déjame vivir para que pueda atender a estos dos pedazos de mi corazón, que sin mí morirían de hambre y de abandono. Vuelve una tarde cuando estén más criados, y entonces llévame cuando quieras.

Aquel ruego me conmovió de tal manera, que alzando el vuelo, llegué al trono del Altísimo, al que dije:

»—Señor, tal es la necesidad de que esa mujer viva para

alimentar esos pequeños, que, a pesar de tu orden no me he atrevido a hacerla morir.

»Entonces el que todo lo puede me dijo:

»—Vuelve a cumplir lo que te he mandado, y para que sepas que nadie en la tierra está dejado de mi mano, serás hombre y sufrirás y vivirás con él hasta tanto que por tres veces me veas en la tierra.



»La primera vez que le vi fué al oír a Margarita decidirse a darme de cenar. La segunda, al encargarse el caballero aquellas botas que quería le durasen un año. A su lado estaba mi compañero Azrael, visible sólo para mí, el cual me dijo que aquella tarde era la última de aquel hombre que hacía cuenta para un año.



»La tercera vez que

el Señor me ha hablado es ésta, mostrándome que si les quitaba a sus hijos aquella madre, les daba, en cambio, otra no menos amorosa. Además, me dice que si aquella mujer que por sus virtudes está en el Cielo hubiera vivido, su existencia hubiera sido tan penosa, que no hubiera podido criar a sus hijos, y en vez de una víctima, hubiera habido tres. En cambio, ahora quedan en la tierra estos dos angelitos, que, andando el tiempo, serán orgullo de su patria, a la que darán días de gloria, y por sus virtudes, el regocijo de su madre, que desde lo alto vela por ellos, demostrando así que su bondad infinita a nadie desampará.»

Una luz vivísima envolvió el cuerpo de Miguel, brotáronle dos alas de oro, y desapareció el Arcángel en una nube de fuego.

Juan y Margarita cayeron de hinojos, permaneciendo extáticos durante mucho tiempo, y al reponerse de su sorpresa lloraron ambos confundidos en estrecho abrazo, bendiciendo la mano de Dios, que tan patente se les había mostrado.

La caridad, hijos míos es una de las más preciadas virtudes, y los designios del Altísimo son arcanos que la inteligencia humana no puede penetrar, pero que siempre son expresión del amor celestial que siente hacia sus hijos.



ANITA BUEN- CORAZON



Fig. U. S. Pat. Off. Copyright, 1937. The Chicago Tribune.

COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE FEBRERO



Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Escena triste
María Rocio Cuesta.



Una niña cursi
Fifina Rodríguez.



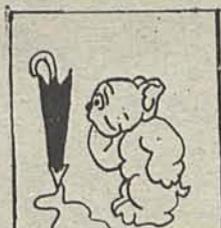
Mis tres amigos
L. Tallada.



Tiesto
Paco Moral.



El capitán
Carmencita Oroz.



Día de lluvia
M. Teresa Martín.



Cara
Julio Prieto.



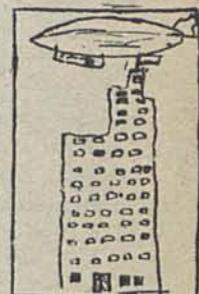
¿Le conocéis?
Aurorita Ortiz.



Una gitana
L. Sáez de Parayuelo.



Mí perro
Manuel Fuentes.



Un rascacielos
Eduardo G. Arnau.



Negra
Eugenia E. Briz.



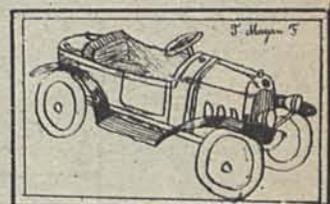
Un campesino
J. R. Lillo.



Unos conocidos
Eugenia E. Briz.



Amiga dilecta
Edmundo P.



Mi Citroen
Francisco Mayán.



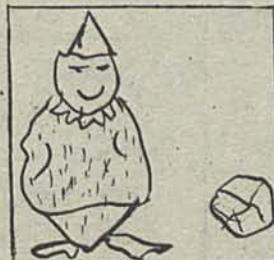
Guacamayo
A. L.



Minino
Eugenia E. Briz.



Perro cocinero
Matilde Cabello.



Un payaso
Antonio Soler.



Un toro
M. de Eizaguirre.



Guerrero romano
Gabriel Ruiz.



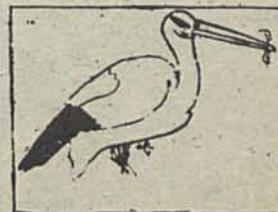
Pajarito
Clotildín Vich.



Día de primavera
Pepe Barroso.



Casa de campo
María Varona.



Cigüeña
Domingo Salvador.



Una gupsa
magrleña
M. Lezano

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL PERRO Y EL PATO

Un perro iba detrás de un pato. Pero el pato se dió cuenta de que le iba persiguiendo el perro.

Y rápidamente se escondió entre unos matorrales.

En esto aparecieron en escena un chivo, un cerdo (con perdón), un gato y un mono.

Y el perro también se escondió entre otros matorrales.

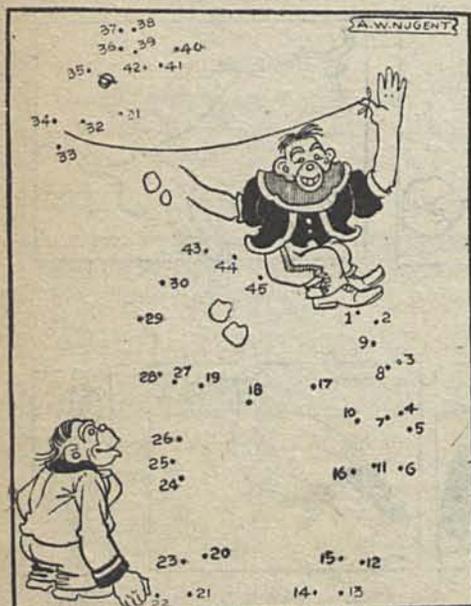
¿Podráis vosotros averiguar dónde están el perro y el gato?

Creo que sí.

Y espero, tranquilo y confiado, el resultado de vuestras pesquisas.



LOS DOS MONOS



Bien dicen que los hechos más sorprendentes acontecen cuando menos se esperan.

El que os voy a relatar ahora pertenece a ese género.

Oídllo:

Dos monos, hermanos gemelos por más señas, estaban un día jugando, en el bosque, cuando les ocurrió lo que os voy a relatar.

Es el caso que uno de ellos, de repente, dió un salto, y con asombro grande del otro mono quedó, al parecer, en el aire, sin estar apoyado en ninguna cosa.

El mono que no había saltado, se quedó perplejo viendo a su hermano en el aire, pero al darse cuenta de que, además de su hermano, había también unos números cogió un lápiz y, empezando por el 1, trazó líneas siguiendo el orden correspondiente, consiguiendo, así, averiguar dónde estaba posado su amante hermano.

Si queréis vosotros averiguarlo también, tenéis que hacer lo mismo que el mono que no saltó.

Y sin más por hoy, quedo vuestro afectísimo y seguro servidor.

Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Septiembre

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

- Primer premio.—José Díaz Reguilan.
Segundo premio.—Escuela de San García.
Tercer premio.—Carmen Buitrón.
Cuarto premio.—Marín Sesma.
Quinto premio.—Carlos Salvador.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Renato Alfonso Romero, Francisco Mayán, Emilio Meneses, Francisco Izquierdo del Manzano, Higinio Andejo, Antolín Ballesteros, Luisita Maines, Rosa Astudillo, José González Buitragueño, Roque Nanclares, Tobías Colmenero y Asunción Sánchez.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accesit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

Premios a la colaboración pinochista del mes de Septiembre

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA».

- Primer premio.—Germán González Gerez.
Segundo premio.—Julia Sánchez.
Tercer premio.—R. Melero.
Cuarto premio.—Anita Sancho.
Quinto premio.—Marina Acevedo.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

María Ponte, Pepita Hergueta, Carmen Martínez Ponte, Carmen Allí, Eugenio Terán, A. Chavarría, Juanito de la Serna, Menta Saramillo, Pepín Castellanos, Gonzalo Páez, Roberto Saldaña, Ularuco González, M. Martínez y J. Escriche.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



JOAQUÍN RAMÍREZ.—Tu magnífica camioneta rueda, rueda, rueda y no parará hasta que llegue a las columnas de mi revista. Tuyo.

MARÍA TERESA BALLESTER.—Tú no sabes, simpática Teresita, la bronca tan enorme que me ha echado encima Currinche. Me ha puesto como hojita de perejil; y todo por cosas de las que yo no tengo ni tanto así de culpa. Ten la seguridad, Teresita, que tus dibujos sí es que han llegado a mi poder, o se han publicado o se publicarán. De esto puedes estar segurísima. Los últimamente enviados irán a su tiempo. Cariñosísimos recuerdos de Chufita, Pericuelo, Currinche (¡bueno está el negrito conmigo!), etc. etc. y abrazos de tu gran amigo.

FRANCISCO MAYÁN.—Gracias mil por tu cariñosa felicitación. Ya sabes que yo, aunque no sean Pascuas, deseo siempre muchísima felicidad a todos mis buenos amigos. Abrazos muy apretados de tu incondicional.

RAFAEL GIL ARENAS.—No bien, sino excelentemente bien me parecen tus preciosos dibujos. Supongo me mandarás más cosas para publicarlas también en cuanto les llegue su turno. Abrazos de tu gran amigo.

JUANITA CORTÉS.—Desde luego, queridísima Juanita, el dibujo premiado es el tuyo. Sin tanto así de duda. Tuyo y muy tuyo. He recibido el dibujo de mi desayuno, que está para comérselo y para publicarlo en cuanto te llegue su turno. Muchos abrazos de Pirula y de tu amigo incondicional.

CONSUELITO FERNÁNDEZ.—Tu Capitán Tormenta es un trabajo de un mérito inenarrable. No hay ni pizca de exageración en el elogio, porque en los dibujos infantiles hay que buscar ingenuidad, gracia y soltura y las tres cosas las tiene tu dibujo en gran escala. Apretadísimos abrazos.

ESCUELA DE SAN GARCÍA.—Mi deseo es complaceros hasta la saciedad. Además dibujáis maravillosamente bien y no debéis abandonar el lápiz, porque vuestras condiciones para el dibujo son excepcionales. ¡Pero ojo con descuidar los estudios! Estos, antes que todo. Vuestro gran amigo.

Pinocho

SECCIÓN PIRULA



Charlas de Pirula... decoradora

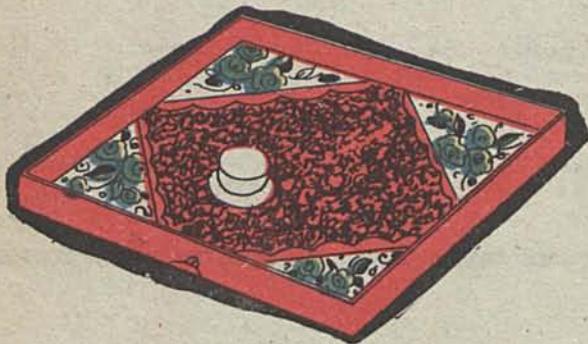
Doro trae un vaso de agua

Doro no es una Pirulinda, entre otras razones porque no sabe leer, y no es que no tenga edad

para ello, sino que la pobre Doro no ha ido nunca a la escuela.

Doro es de un pueblecito y hasta hace poco ha tenido que ayudar a sus padres a trabajar la tierra; y ahora que tiene ya cumplidos sus buenos dieciocho años, Doro ha venido a Madrid «a servir», y se ha colocado en casa de los papás de Lina.

Lina sí que es una Pirulinda, y por cierto, una de las más simpáticas que tengo. (¿Habéis notado que tengo muchas Pirulindas que son «más» simpáticas que otras,



pero no tengo ninguna que lo sea «menos»? Cosas que ocurren).

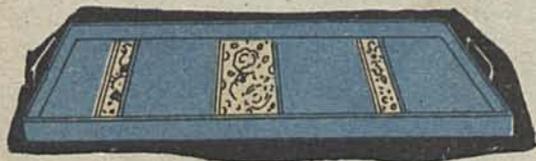
Pues bien; a Doro (cuyo nombre completo es Dorotea, como el nombre completo de Lina es Paulina), la casa de Lina le está sirviendo de escuela, por lo mucho que en ella aprende. Allí todos son maestros para ella.

Papá la enseña a hablar y puede que pronto no diga ya «halga», «cuala», «ustezz», «telergama» y hasta quién sabe si andando el tiempo no llegará a pronunciar palabras tan terriblemente difíciles como «incrustación» o «termómetro».

Mamá la enseña la educación que nadie se había cuidado de dárla, a no dar empujones para pasar delante cuando se encuentra con alguien en el pasillo; a no dar voces cuando regaña con la cocinera; a llamar a la puerta antes de entrar en las habitaciones.

Y Lina..... ¡ah! Lina se ha instituido en maestra y la está enseñando a leer. Cualquiera averigua quién se ha de cansar antes, si la discípula o la profesora.

Entretanto, Lina se ríe mucho con las ocurrencias de Doro y la verdad es que Doro tiene golpes gracias, y ya comprenderéis que no me refiero al que se dió la semana pasada con una puerta y que le hizo surgir de la frente un



chichón del tamaño de una manzana; claro que de una manzana que no fuese muy grande ¿eh?

La última ocurrencia de Doro ha sido la del vaso de agua; figuraos que papá le pidió un vaso de agua y, al ver que lo traía en la mano, mamá la explicó que debe traerse siempre en una bandeja.

—Sí, señora—contestó cortesmente Doro—que ya no dice como antes: «¡amos, andel!» o «¡quite usted allá!».

Y no tardó en aprovechar la lección, porque al día siguiente una señora que estaba en casa de visita, pidió también un vaso de agua y va Doro y se lo lleva en una bandeja, según se lo tenían ordenado; ahora que lo que llevó en una bandeja no era el vaso, sino..... el agua. Eso sí, también llevaba una cuchara, porque se daba cuenta de que a la señora le costaría algún trabajo beber el agua directamente de la bandeja.

¡Ah, pero esto no volverá a suceder! Ahora cuando sirve un vaso de agua, Doro lo lleva muy correctamente sobre una bandejita, de las que hay en el comedor.

Y ahora tengo que confesaros que si os he hablado de Doro, ha sido precisamente para llegar a hablaros de estas bandejas.

Hay dos de plata; otra de porcelana esmaltada, formando cuadrillos; otras de madera. Pero también hay en casa de Lina—y en otras muchas casas—cierta bandeja de madera pintada, mejor dicho despintada, pues está en un estado lamentable, por lo cual ha sido relegada en la cocina.

Esta bandeja precisamente es la que nos debe interesar, porque las otras, las bonitas, las flamantes, no necesitan nuestros cuidados de «cirujanas de trastos enfermos».

Lo primero que haremos, naturalmente, será pintar la bandeja con pintura esmalte; pero solamente pintaremos el cerco, ya que el fondo no se ha de ver.

Buscaremos un trozo de cristal, de esos que hay siempre en las casas, porque se guardan los que se rompen en las ventanas. Un vidriero se encargará, con su diamante, de cortar el cristal, dándole las dimensiones exactas de la bandeja.

Y ahora viene lo principal, o sea lo que interpondremos entre el fondo de la bandeja y el cristal.

Puede ser un pañito bordado con seda lisa, hilos de



oro y cintitas estrechas, del tamaño «cometa», formando dibujos de los llamados «Rococo»; puede ser un trozo de seda antigua, adornado con encaje ocre; puede ser un trozo de cretona florida, o tres tiras de cretona pegadas, a cierta distancia unas de otras, sobre una tela de un color liso.

Y puede ser sencilla y económicamente, una hoja de papel. Claro que se elige para ello un papel moderno y caprichoso, por ejemplo, con dibujos dorados sobre fondo negro. Y ni siquiera es indispensable comprar este papel, porque las cubiertas de ciertas revistas extranjeras (singularmente inglesas o alemanas), tienen unos dibujos tan bonitos y originales, que su efecto resulta precioso, bajo la transparencia del cristal.